

EL CAPITALISMO MODERNO Y LA ECONOMÍA ARGENTINA *

Por

ORLANDO WILLIAMS ALZAGA

Profesor Titular de Economía Política

RASGOS DE NUESTRA CRISIS MULTIFORME

Hemos vivido los largos años de la dictadura alimentando continuamente una esperanza: la esperanza de que el pueblo nuestro, o al menos una gran parte de él concluyese por unirse y por abatir al dictador y a su sistema. El anhelo se cumplió. Las gloriosas jornadas de setiembre —dije al volver a la cátedra en 1955— colocaron nuevamente al país en el sendero de su destino, y reabrieron, para los amantes de la libertad, los horizontes de la vida, extraviados durante ese triste lapso en procesosa oscuridad. Pero desde entonces hasta hoy no hemos hecho lo suficiente para liquidar a la herencia del desquicio, a la crisis moral, a la crisis social, a la inaudita crisis política y a la crisis económica que nos embarga. Desde el punto de vista de las ideas estamos anarquizados. Las luchas, los roces comunes y naturales entre los distintos sectores que integran la comunidad, parecen cada día más violentos, más irreconciliables. Se ha perdido la noción de los valores; ya no se tiene la consideración debida por quienes han dedicado la existencia a perfeccionar la propia personalidad nutriendo la inteligencia y valiéndose de las fuerzas de la voluntad para ser útiles al país. Cuando se trata de ocupar algún puesto o de desempeñar alguna función, cualquiera se cree apto, aunque no esté preparado, aunque no haya estudiado nunca lo indispensable para actuar con un mínimo de eficacia.

* Conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, el 28 de noviembre de 1957.

Tantos años de un régimen perverso, fértil en ejemplos de vertiginosos ascensos a la cima del poder o de la fortuna sobre la base de la inmersidad, ha desdibujado en no pocas las fronteras entre el bien y el mal, ha creado escepticismo acerca de la necesidad de cumplir con el deber y ha lesionado el espíritu de sacrificio que debe albergar constantemente en el alma humana.

Los partidos políticos en nada se detienen con tal de atraer a sus filas al hombre masa, a ese hombre del cual dijera Ortega y Gasset en una obra inmortal, que se distingue por querer imponer con frecuencia "la razón de la sinrazón", a ese ser que definió con palabras admirables el vicario de Cristo en su alocución para la Navidad de 1944: "El pueblo —expresó— vive la vida de los hombres que lo integran, cada uno de los cuales en su lugar apropiado y en sus formas propias tiene conciencia de su responsabilidad y de sus opiniones. Las masas, al contrario, esperan un impulso exterior y son fáciles juguetes en manos de quienes explotan sus instintos e impresiones. Siempre están listas para seguir a alguien: hoy es esta bandera, mañana la otra".

Dejen los partidos políticos de buscar al hombre masa valiéndose de la adulación y de todas las falacias. Preocúpense de él, sí, porque es un hombre como todos los otros, desde el punto de vista abstracto igual a todos los demás, porque tiene el mismo origen, porque vive en medio de sufrimientos y esperanzas, en marcha hacia idéntico final. Pero háganlo aclarando confusiones, exponiendo objetivamente las cosas; traten de atraerlo con la verdad, destruyendo los dos grandes aliados de su especial condición: la ignorancia y la pobreza. Para lo primero pongan en la prédica la pasión redentora de Sarmiento. Para lo segundo despejen los caminos de la recuperación económica. Y en cuanto al hombre pueblo, luchen incansablemente para que llegue a unirse, como lo hiciera en setiembre de 1955, pero ahora en la decisión inquebrantable de sacar al país de la postración en que se encuentra.

HAY QUE COMENZAR POR ENTENDERSE

Para unirse hay que comenzar por entenderse, y para entenderse conviene aclarar el significado de palabras cardinales, que hacen a los criterios a seguir, y requiérese asimismo poner en descubierto ciertas expresiones, tan perjudiciales como inconsistentes, convertidas en verdaderos slogans por las postreras fuerzas sugestivas con que obran en imaginaciones simplistas porque la prédica pertinaz de la ignorancia, de la pasión y a veces de la conveniencia, los ha colocado ante ellas como verdades eternas e irreversibles.

Es necesario dar vuelta a esos slogans que llegan a contagiar, además, a buena parte de la colectividad conciente, como quien diera vuelta a un guante, para que así, poniéndose a la luz del día lo que encierran se descubran sus falsedades e inconsistencias. Pero para todo esto tropesamos en el país con terribles barreras: con el egoísmo, con el miedo, con el temor enfermizo a la impopularidad. Pocos se aviesan a exponerse a críticas y a usar palabras, a perfilar conceptos, o a mostrarles su adhesión, si no se sabe que cuentan sus afirmaciones con el favor o con la absoluta neutralidad mayoritaria.

Ningún contenido, entre nosotros, de los vocablos del Médico económico y político más antipático, ninguno más egoísta que el que el sentir vulgar asigna vagamente a la palabra capitalismo. Cuando ella se pronuncia suele pensarse que sus partidarios desprecian los requerimientos del trabajo y las necesidades de los sectores más modestos de la población, y que aspiran solamente a vivir beneficiándose del poder o de las ventajas de las riquezas y del capital que poseen. ¡Error singular! Si la palabra capitalismo significase esto, debería verse desterrada del diccionario, y si alguna vez nos acordáramos de ella habría de ser sólo para vituperarla.

RAZÓN DEL TÍTULO DE ESTA CONFERENCIA

Antes de referirme al concepto de capitalismo moderno, he de decir por qué he titulado esta disertación "El capitalismo moderno y la economía argentina". Igualmente podría haberla denominado "El liberalismo moderno y la economía argentina". Pero lo he hecho así expreso, valiéndome de la primera palabra, en primer lugar porque es una palabra de guerra. Es una palabra aplicada por los enemigos de la economía liberal, al sistema social afirmado en la libertad económica, en la propiedad privada de los bienes de producción, buscando suscitar algún poder de repulsión, una constante preparación espiritual al rechazo de dicho sistema en el seno de los sectores económicos modestos, en el de los trabajadores. Y en segundo lugar la he escogido porque el dilema entre el socialismo y economía de la libertad no está hoy planteado en la frase "socialismo contra liberalismo" sino en la expresión "socialismo contra capitalismo". Si queremos apreciar más concretamente esta contraposición, recordemos los títulos de las obras modernas que se ocupan del tema. Pierre Leclús escribió "La quiebra del capitalismo"; Schumpeter, "Capitalismo, socialismo y democracia"; Merat, "Para salvar lo mejor del capitalismo"; Pigou, "Socialismo contra capitalismo"; Sternberg, "Capitalismo o socialismo"; Haeker, "Proceso y triunfo del capitalismo

americano"; Otto Bauer, "Capitalismo y socialismo en la post guerra". Labriola, "El capitalismo"; "Sombart, "El apogeo del capitalismo"; Montells, "Etapas del capitalismo".

CONCEPTO DEL CAPITALISMO MODERNO

Mas, ¿qué se entiende por capitalismo? Yo diría en síntesis que es una fórmula de convivencia económica que tiene sobre las demás la insuperable ventaja de poseer sus raíces en lo esencial de la psicología humana. De ahí su eficiencia inigualada para lograr el progreso económico, para elevar el standar de vida de las personas y de los pueblos, de ahí su resistencia a los embates de las ideas, y de los de movimientos adversos y de las dificultades y desequilibrios inherentes a la vida social en su continuo y cambiante devenir, y de ahí también buena parte de sus defectos.

Muchas son las definiciones que del capitalismo se han dado, y variables según los ángulos tomados para formularlas. Se ha hecho gala también al respecto de interpretaciones tendenciosas, por parte de los colectivistas.

Ciertos autores —según expresa Lavergne— como Hauser y Lederer han hallado el carácter sobresaliente, definitorio del capitalismo, del lado del desenvolvimiento de la producción (división del trabajo, producción muy mecanizada). Otros como Sombart, Soé, y Bohm-Bawerk lo advierten en su recurrencia conatural a numerosos bienes intermedios. Y un tercer grupo de autores ha encontrado su rasgo dominante en el funcionamiento económico de la industria, es decir, en el destino de la producción para el mercado o en vista del cambio, como Schumpeter, Coim, Rostock; otros autores, como Pirou, han adoptado un punto de vista más complejo, dando a la palabra capitalismo una acepción a la vez técnica, jurídica y económica. Las divergencias en las definiciones se deben muchas veces a que se pretende juntar los rasgos del capitalismo de manera tal que comprendan las diversas y esporádicas manifestaciones prácticas que presenta en sus antecedentes en diversos períodos de la historia, y especialmente desde comienzos del siglo XVI. Todas estas definiciones cuyas expresiones parecen tan divergentes suelen complementarse entre sí. Dejándolas ahora de lado, en cuanto entendemos su consideración propia de estudios más extensos, encerremos la noción de capitalismo en conceptos simples y concretos que admiten la mayor parte de los tratadistas imparciales, y que surgen de su verdadera índole. Diremos entonces que el capitalismo es el sistema de organización económica fundado en la libre iniciativa, en la propiedad privada, en el regulador de la libre compe-

tencia, y que tiene como móvil fundamental de la actividad el interés individual, vale decir, la obtención de ingresos llevada a cabo a instancias del interés particular, del móvil de ganancias.

El capitalismo moderno, en su más perfecta acepción, puede decirse que es el liberalismo económico puesto en funcionamiento en una sociedad moderna, o sea provista de una técnica de la producción altamente mecanizada.

ORIGEN Y CAUSAS DEL CAPITALISMO MODERNO

El capitalismo moderno nació en Inglaterra; en aquel país convergieron varios hechos de los cuales cabe destacar a tres. En primer término allí se había realizado una concentración de capital bastante abundante, proveniente de la dedicación de aquel pueblo al comercio ultramarino, notablemente desarrollado a raíz de los grandes descubrimientos marítimos, y de la acción de las vigorosas compañías de colonización, comenzando por la de las Indias Orientales. También surgió la acumulación de capital, de las prácticas financieras, muy amplias y bien concebidas ya en aquella isla. El segundo hecho que allí ocurrió fué la revolución industrial, ubicada por los autores en el año de 1760, consistente en el invento de la máquina a vapor y su aplicación a la industria y al transporte. Y el tercer hecho es el nacimiento en ese país de la escuela económica denominada liberal clásica o individualista, con la aparición en 1776 del famoso libro de Adam Smith titulado "Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones". El nuevo sistema era el apropiado para dar ritmos de imprevisible envergadura al movimiento hacia el progreso basado en la nueva técnica.

CONSECUENCIAS DE LA VIGENCIA DEL CAPITALISMO EN LOS PRIMEROS TIEMPOS

Pero el capitalismo moderno naciente ocasiona dos consecuencias que conviene señalar: hasta entonces la producción y el trabajo estaban regulados por un extremo reglamentarismo estatal y gremial, que no podía configurar la estructura laboral apropiada para la técnica de la gran industria, y que lógicamente se derrumbó, dejando al trabajador sin protección legal. La otra consecuencia fué colocar al obrero en un real desamparo económico. Hasta entonces trabajó con herramientas rudimentarias, y no tuvo a su disposición sino máquinas movidas por la fuerza del hombre o de la bestia, o de la corriente del aire o de las aguas. En adelante se encontró frente al capitalista poderoso, dueño de la fábrica a vapor, inalcanzable para él por su elevado valor. Según la nueva concepción económica era indis-

pensable vencer en la competencia, para lo cual se imponía disminuir constantemente los costos, por lo cual correspondía pagar salarios lo más reducidos posible; para extremar las ventajas se procuraba emplear entonces niños y mujeres, ya que se les podía remunerar con menos por cuanto consumen menos alimentos, y el salario estaba regulado en el fondo por el costo de ellos. Imaginad en la vieja Inglaterra, las minas, sus galerías húmedas, oscuras, malsanas, cuidadas por niños de 10, 18, y de 14 y 12 años, horas y horas, tanto como duraba el día, enloquecidos algunos, porque no todos tenían nervios suficientemente fuertes para resistir tanto en la oscuridad. Imaginad el trabajo en las fábricas durante 18 y 19 horas, y a adolescentes con las piernas torcidas por haber tenido que soportar parados desde la tierna infancia esas jornadas extenuantes. Imaginad hombres y mujeres jóvenes, durmiendo hacinados en inapropiadas instalaciones en los establecimientos industriales y comprenderéis así hasta dónde llegarían los sufrimientos y a qué bajos planos descendería la moralidad en tales ambientes de esas épocas tremendas. Y como si semejantes cosas no fueran suficientes, hay también que recordar los dolorosos efectos de las crisis económicas en el ser humano, la desocupación, la miseria, el hambre y la enfermedad consiguiente, sobre todo en los más débiles. Esta faz desgraciada, inolvidable, que ponen de manifiesto con los caracteres más coloridos y más penetrantes Simondi o Haechel, proyecta todavía sus sombras sobre el régimen capitalista y lo desacredita aunque hoy inmerecidamente. Esto es porque hay quienes se dejan llevar por críticas tendenciosas sin haber estudiado los perfeccionamientos experimentados y sin haber comprendido lo que el régimen capitalista moderno es.

LA REACCIÓN: LA INTEGRACIÓN DEL SISTEMA

Ese estado de cosas clamaba entonces al cielo, y en las instituciones como en otros aspectos vinculados al hombre, pasa siempre que cuando las injusticias son grandes, la reacción no se hace esperar. En Inglaterra pronto se nombraron comisiones parlamentarias investigadoras de lo que sucedía en las fábricas, y espíritus imbuidos de un profundo amor a la humanidad dedicaron su vida a buscar soluciones. No integraban todos ellos la clase obrera y burguesa. Muchos pertenecían a la más rancia aristocracia. Se destaca en primer término, en esta loable preocupación, Lord Shaftesbury, séptimo conde de ese nombre. El resultado es que a partir del año 1802 se sanciona una serie de leyes reglamentarias del trabajo, limitativas de la jornada para menores y mujeres, luego para hombres, y enderezadas a que las fábricas acomodasen su funcionamiento a aceptables condiciones

de higiene. Cabe citar en todo este proceso la famosa ley de fábricas de 1833, y la ley de limitación de la jornada a 10 horas de 1847. La benéfica reacción tuvo obstáculos, pero la justicia triunfó, y en el año 1860 ya nadie discutía allí la intervención de la ley en el régimen del trabajo. El capitalismo, que naciera con defectos propios de lo nuevo, se iba así perfeccionando. Su propio creador, Adam Smith, tan desprestigiado por los que no lo conocen o por quienes quieren suplir su doctrina, manifestó preocupaciones acerca de este punto en su obra fundamental.

Mas el capitalismo recibe otro aporte que lo perfecciona: la organización sindical. Ella propende a la defensa del obrero, a sacarlo del desamparo económico. Este, organizado, representa hoy un gran poder, un poder del tipo de los llamados en lenguaje científico "compensatorios", al punto que no podríamos decir qué sector es actualmente más fuerte, si el capital o el trabajo.

Y el tercer factor que perfecciona al capitalismo en el mismo sentido consiste en la democracia, cuando se la concibe bien y se la practica apartándose de los resentimientos sociales, de lo tendencioso y de la demagogia, pues merced a ella el grupo obrero, siempre numeroso, es parte en el control del gobierno.

INSTITUCIONES DEL CAPITALISMO

El capitalismo posee sus instituciones. He de citar tres: la libre iniciativa, la libre competencia y la propiedad privada.

El hombre vive acuciado por necesidades infinitas a satisfacer. A medida que se colman nacen nuevas. La civilización significa una continua creación de necesidades, aunque también significa perfeccionamientos técnicos que van facilitando las tareas de llenarlas. Alguien debe extraer de la naturaleza y transformar la materia prima y originar así todas las mercancías que ellas reclaman; alguien debe organizar esa actividad, alguien debe dirigirla. El capitalismo pone tan importantes funciones a cargo del individuo; en cambio, aquel otro sistema que extiende su misterioso reino tras la cortina de hierro, las coloca en manos de la colectividad, más concretamente en manos del Estado y más concretamente aún en manos del gobierno. La estructura jurídica del capitalismo debe dar al individuo, en consecuencia, los medios para cumplir esas actividades, el primero de los cuales es la libertad dentro del orden. Asegura así el régimen una esfera a cubierto de las interferencias ilícitas de terceros, o de las penetraciones exageradas del estado, donde cada uno pueda moverse y producir a instancia del interés particular, que es el móvil más poderoso para cualquier actividad penosa como la de

crear, por cuanto se funda en la naturaleza humana. Ese móvil impulsa a actuar por el deseo vehemente de cada cual de apartarse del estado doloroso emergente de las necesidades insatisfechas, y de acercarse al placer de contar cada día con más posibilidades de colmarlas.

La libre iniciativa induce al ser humano a lograr la producción valiéndose de todas las posibilidades lícitas a su alcance; lo lleva a explotar todas las fuentes, a realizar todas las combinaciones, a poner al servicio de esa tarea las fuerzas poderosas de la inteligencia y la voluntad. La libre iniciativa crea la libre empresa y actúa en ella. Todo el mundo sabe lo que es la empresa. Consiste en una entidad que busca recoger y combinar los factores de la producción, para obtener la más amplia creación de utilidades con el menor esfuerzo. En el sistema capitalista la empresa es el "magneto de la producción", como se ha dicho con precisión; alienta en su seno la chispa de la inventiva y el poder creador. La libre iniciativa impulsa a valerse de nuevos hallazgos para la tarea productora, al descubrimiento de nuevas máquinas y procedimientos, a perfeccionar las formas de organización de las fábricas; y además, ¡a cuántos empresarios, desde Hargreaves y Arkwright hasta nuestros días, débeseles no sólo la aplicación inicial sino también el descubrimiento de nuevas máquinas! Cuántos, como Ford, han aportado formas tipo de organización industrial y obrera, generalizados después de aplicados en su medio. Y a cuántos, como a Owen o a Ricardo les es deudora la misma ciencia económica de fundamentales contribuciones!

La libre iniciativa da lugar a la libre competencia. En un régimen capitalista, en principio, los productores y consumidores, los vendedores y compradores, deben tener libre acceso al mercado, donde determinarán ofertas y demandas de cuyo juego ha de surgir el precio, justo para el capitalismo, por ser la resultante de las estimaciones de los sectores interesados. A través de la libre competencia el hombre satisface los intereses colectivos con sólo llenar el propio. Cuando los precios en determinado ramo económico se mueven hacia arriba, quiere decir que las mercancías de ese ramo comienzan a escasear; quiere decir que la colectividad las reclama en mayor cantidad. El capital y el trabajo atraídos por ellos, o sea por las mayores ganancias, acuden a ese renglón de la producción, y como consecuencia, las mercaderías son fabricadas y lanzadas al mercado en mayores cantidades, y la colectividad halla más posibilidades de cumplir con sus necesidades. El hombre, el productor, guiado así por una "mano invisible", por la famosa "mano invisible" del liberalismo, tan vil-

pendiada por la crítica como verídica, se siente llevado por razones naturales a actuar en los renglones de conveniencia colectiva.

CIRCUNSTANCIAS QUE UN POCO DESFIGURAN LA LIBRE CONCURRENCIA, Y SUS CONTRAPARTIDAS

Hay dos hechos hoy, dos circunstancias, que desfiguran un poco este clásico esquema. En primer término, la complicación de la producción moderna, la especialización del trabajo y de las máquinas torna, como se dice en Economía, más "viscoso" su desplazamiento. No es hoy muy fácil que quienes trabajan en una fábrica se desplacen hacia otra de distinta naturaleza, y que las inmensas y complicadas maquinarias sean susceptibles de ubicación en producciones diferentes, y sobre todo con alguna rapidez, en seguimiento de las alternativas de los precios. El otro hecho que quiero referir es la concentración que se pone de manifiesto en Estados Unidos y en todos los países altamente desenvueltos. Así nos dice Galbraith, economista de la Universidad de Harvard, que las cabezas dirigentes de corporaciones que producen en Estados Unidos de un tercio a la mitad de la producción nacional pueden reunirse cómodamente en la sala de un cinematógrafo de barrio donde caben 400 o 500 personas. También nos expresa Strachey en "El Capitalismo contemporáneo", que en aquel país 113 de las corporaciones más importantes poseen el 46 % de la propiedad de fábricas e instrumentos de producción. Esto significa en palabras técnicas muy simples, que el oligopolio va adquiriendo un dominio importante en el capitalismo moderno, lo cual se traduce en que los productores puedan influir sobre los precios y no sea ello patrimonio casi exclusivo de los consumidores, como en la línea del régimen capitalista típico. Aunque la medida acusada por las expresadas citas pueda reputarse exagerada, se trata de una circunstancia que realmente existe. Pero el capitalismo moderno es un sistema tan extraordinario que aún a este respecto cuenta con su válvula de escape: con su tendencia a la producción en masa, a la producción en gran número de unidades, en busca de las mayores ganancias que así se obtienen. La concentración no es, pues, para él un obstáculo insuperable. Tenemos un ejemplo elocuente en Estados Unidos, en la industria de los automóviles. Dicho país produce el 75 % de los automóviles del mundo y el 90 % de esa tarea es llevada a cabo por sólo tres empresas gigantes, que son la Ford, la General Motors y la Chrysler. Sin embargo, los automóviles americanos no suben extraordinariamente de precio. Al contrario, por lo que valen no hay mejores en el mundo, no hay otros que puedan vencer en competencia libre, no hay otros

que sean preferidos por mayor número de personas. También el capitalismo cuenta con la natural formación de los "poderes compensarios", o sea con uniones de productores menos grandes, de materias primas o elementos de los cuales en alguna medida dependen siempre los mayores, y de consumidores y trabajadores, y además se vinculan a estas circunstancias las leyes anti-trust o antimonopólicas, que se sancionan en todos los países.

LA PROPIEDAD

La más fundamental institución del capitalismo es la propiedad privada. La existencia de las demás está condicionada a su vigencia. La propiedad privada llena, entre otras, dos funciones esenciales: la primera es permitir la dirección y ejecución de la labor productiva, a los particulares. Y la segunda función es servir de incentivo al ahorro y a la inversión, es decir, a la creación de riqueza. Nadie realizaría la abstinencia que impone el ahorrar, ni pondría en la acción creadora todas las fuerzas de su energía, ni expondría en ella su patrimonio si supiese que los frutos de la inversión de esos ahorros no habrían de pertenecerle. Cada uno gastaría en bienes de consumo lo que tuviera. La humanidad perdería esa fuerza formidable de ahorro y de inversión, hechos determinantes del acrecentamiento del standard de vida y del nivel de los salarios reales.

La propiedad privada se completa con la herencia. La ayuda poderosamente a cumplir esas dos funciones, y ella es justa, porque emana del deseo común del hombre, de legar a los seres que le están vinculados por los sentimientos del amor o del afecto, el fruto de sus esfuerzos y desvelos. Así como se transmiten los caracteres físicos, la fuerza de voluntad o las particularidades intelectuales, es lógico que también se hereden los resultados de la abstinencia, del trabajo y del acierto.

LA INTERVENCIÓN ESTATAL. EL INQUERIDISMO

Hay una noción equivocada acerca de las relaciones económicas del capitalismo con el Estado, y en otras palabras, de lo que significa la libre empresa en nuestros días. Se cree al capitalismo inseparable de la extendida fórmula "laissez faire, laissez passer", o de la idea del "Estado gendarme". En cierta ocasión el famoso ministro de Luis XIV, Colbert, llamó en consulta sobre complicaciones económicas a un señor Legrand, que le dió la solución diciéndole: laissez faire (dejad trabajar); y luego, según nos cuenta Turgot en su biografía de Gournay, este fisiócrata integró el lema con sus dos últimas palabras, quedando con-

vertido en "dejad trabajar, dejad comerciar". Esta expresión síntesis, pasó de la fisocracia a la economía clásica no por razones de exacta correspondencia, sino de significación aproximativa, de comodidad, y por la popularidad alcanzada, desafortunadamente a mi modo de ver. Su acento y su concepto se hizo más agudo luego en la expresión "Estado gendarme" —cuidador del orden— de Dunoyer, economista clásico extremado en cuanto a la no intervención estatal. Y hoy, cuando se habla de libre empresa, cuando se habla de capitalismo, comúnmente se cree que esas concepciones rechazan en absoluto toda intervención estatal. Y no es así; se incurre en grave error. El capitalismo moderno, desde su advenimiento casi, se fué integrando y perfeccionando admitiendo la intervención estatal en el campo de la asistencia social y de las relaciones entre el trabajo y el capital, y luego en otros aspectos, y hoy cuenta, y aun más, necesita y reclama, numerosas y vastas dosis de ella. Muchas, por causas sociales y políticas, pero también otras por razones eminentemente económicas, porque el mundo está dividido en naciones, porque hay desajustes estructurales en el juego de las fuerzas económicas, porque a veces apartadas de un equilibrio no alcanzan por sí solas otros nuevos con la indispensable celeridad. Pero la cuestión es determinar o saber hasta dónde el capitalismo liberal se opone a la intervención del Estado, si hay un límite pasado el cual dejaría de existir como sistema. Este límite nadie lo ha concretado porque es imposible concretarlo. Ni Wagner en su magnífica obra acerca de los fundamentos de la Economía Política que en buena parte gira alrededor de esa preocupación, lo ha conseguido. La intervención estatal que el capitalismo permite es una cuestión de más o de menos, y de casos específicos. Pero lo que también debe afirmarse es que en el supuesto de que en un país la esfera de economía intervenida o dirigida por el Estado llegara a ser mayor que la correspondiente a la economía libre, el capitalismo conjuntamente con sus instituciones de la libre iniciativa y la propiedad privada, en ese país habría prácticamente desaparecido. Al hablar de este tema quiero repetir un punto esencial. El capitalismo tiene como norma la no intervención estatal, mas admite y a veces reclama —hemos dicho— las intervenciones. Al analizar éstas es indispensable distinguir unas de otras. Hay intervenciones mal realizadas, torpemente llevadas a cabo, que lesionan al sistema capitalista, aunque se hayan propuesto mejorarlo en algún sector. Cuando se presentan hay que ponerlas en descubierto y reaccionar contra ellas. Pero las hay peores, más peligrosas, generalmente más maléficas; son las que suelen propugnar las izquierdas, tanto en esta nación como en otras, lo cual es perfectamente explicable puesto que sus concepciones no quieren al capitalismo, no les importa desquiciarlo y hasta destruir-

lo, por cuanto aspiran a suplantarlos, y además suelen obrar al impulso de resentimientos y pasiones. Sin embargo, cuando se colocan en el terreno de la crítica constructiva, a veces ayudan a poner de manifiesto imperfecciones de la legislación, especialmente en materia social, y a denunciar demasías del egoísmo humano de las que ningún tipo de organización podría del todo escapar. Como el deterioro del funcionamiento del mecanismo económico, y más, de su esencia misma, son susceptibles de precipitar al pueblo en la precariedad y en la pobreza, los anti izquierdistas relacionamos vehementemente en contra de esas intervenciones perturbadoras y desquiciantes.

VERTUDES Y DEFECTOS DEL CAPITALISMO. SUS RESULTADOS EN ESTADOS UNIDOS

¿Cuáles son las virtudes del régimen capitalista? Pongamos la mirada en aquel país, que es el más poderoso de la tierra, que por natural gravitación ejerce la hegemonía del mundo, llevando en lo alto la bandera de la libertad para la humanidad entera. Miremos a ese país donde se descubren y realizan tantos prodigios, que nos hace pensar más de una vez que las perspectivas de la voluntad y el cerebro humanos son ilimitadas: me refiero a Estados Unidos de América. Se nos dirá que hemos elegido tendenciosamente el ejemplo, porque aquella es una nación poseedora de recursos naturales cuantiosísimos y al extremo variados, porque su población tiene origen en pueblos industriosos, dedicados a la actividad creadora de las fábricas: los ingleses y franceses. Pero nosotros contestamos a esta eventual objeción apuntando que no obstante esas ventajas, que reconocemos ampliamente, no habría llegado Estados Unidos a lo que es, y a su creciente poderío, si todos esos recursos y posibilidades no estuvieran movidos, no se encontraran bajo la égida de un sistema económico de la mayor eficiencia. Estados Unidos produce el 39 % del hierro del mundo, el 45 % del acero, el 50 % del petróleo, el 30 % del cobre y del zinc, el 26 % del plomo, el 35 % del carbón bituminoso, casi toda la antracita y lo que es más extraordinario aún, Estados Unidos crea el 40 % del volumen de la producción manufacturera del mundo entero y realiza todo esto con una población igual al 8 % de la población mundial.

¿Y cómo crece la fuerza económica y el bienestar general en aquel país! Si observamos la renta nacional, comprobamos que en el año 1939 llegaba a 72.000 millones de dólares, y en 1946 alcanzaba ya a 178.000 millones: se había multiplicado por 2,45 en ese corto espacio de tiempo, en siete años. Y si la contemplamos en 1955 comprobamos que había llegado ese año a 324.000 millones de dólares, es decir, se había multiplicado por dos nue-

vamente. Esta asombrosa riqueza creciente no sirve allí únicamente para aumentar el poder económico o el bienestar de los sectores sociales más encumbrados. Se diluye, se reparte, eleva a los ciudadanos modestos. Cada vez los ingresos reducidos son menos. Cada día se acomodan los salarios reales a la creciente productividad. Si contemplásemos algunas otras cifras veremos cómo este proceso de difusión de los beneficios del capitalismo, tiene lugar en aquella tierra. Una revista famosa, "Business Week", ha publicado un estudio original de un banco de Washington del que tomo los siguientes datos: en el año 1914 un obrero de fábrica de situación promedio, para ganar lo necesario para adquirir un sombrero tenía que trabajar once horas y media. En 1936 requería únicamente tres horas y media. En el año 1914 para comprar todos los elementos indispensables para el vestido debía trabajar el doble que en 1936. Se enumera allí una serie de veinte artículos que en 1936 adquiriría el obrero con el 37 % del tiempo de labor empleado en 1914. Si esto no fuera bastante para retratar el régimen, veamos cómo afluyen las personas de sectores modestos a la condición de accionistas de las grandes corporaciones. Nos dice W. S. Woytinsky en un magnífico artículo, que debería leerse con profusión (circular en Buenos Aires) que en 1955 había 10 millones de tenedores de acciones de las corporaciones americanas, magnitud indicadora de que gran parte de esos tenedores pertenecían a los grupos sociales modestos. Por otra parte el número de obreros no especializados disminuye y el de especializados aumenta, lo cual se traduce en mejores salarios, en mejores condiciones de vida, en mayor proporción de buenas situaciones económicas dentro de la sociedad. En el año de 1955 la población laboral civil de aquel país, hombres y mujeres, sumaba 66 millones, y de ella solamente 22 millones eran obreros, peones de granja o artesanos humildes. Después se dice que el capitalismo crea desigualdades, que hace cada vez más ricos y más pobres. Esto es inexacto; demuestra no observar los hechos. Denota no comprender su mecanismo. Ningún régimen eleva a los sectores pobres tan rápidamente y en una forma tan asombrosa como el régimen capitalista. Esa es una gran virtud, un gran mérito.

Hay en las sociedades que el sistema rige una capilaridad económica extraordinaria. Si observamos un poco solamente lo que en nuestro país ha ocurrido y continúa sucediendo lo comprobamos. ¡Cuántos industriales actualmente poderosos han empezado con nada y han llegado a la cumbre! ¡Cuántos remontan ágilmente hoy la montaña! En los países capitalistas manifiéstase además una capilaridad social efectiva. ¡Cuántos hombres modestos, no solamente se elevan en el renglón de la riqueza, sino que

llegan a emparentarse y a contraer enlace con representantes de los grupos sociales más viejos o que han estado más años en posiciones más altas!

TODO LO PROPORCIONA EN LA LIBERTAD

Y todo esto el capitalismo lo consigue en un ambiente de libertad. Todo esto lo proporciona en un medio en que cada ser goza de los derechos humanos, sin temor a la policía, al poder del Estado, a las delaciones, a los campos de concentración o a los desamórcos.

LAS CRISIS

Finalmente se critica al capitalismo porque tienen lugar en su seno de tanto en tanto las famosas crisis generales de superproducción. Se señalan las que se han extendido en el mundo —que no se enumeran— y se menciona, como ejemplo, la de 1929. Indudablemente este formidable desequilibrio abre un serio interrogante. En plena práctica de una técnica en creciente perfección, y de grandes avances en la consecución de bienestar, la crisis fue tan profunda y tan extensa que originó en Estados Unidos 15 millones de desocupados, en Alemania 6 millones, en Inglaterra 3. Obligó a ciertos países a destruir riqueza, como a nosotros que abatimos viñedos, o al Brasil, que arrojó importantes cantidades de sacos de café al mar. Compelió a pagar a los productores para que produjeran menos, como ocurrió en Estados Unidos en el sector agrario y, mientras tanto, masas enormes de población en el mundo permanecían con necesidades elementales insatisfechas, y hasta hambrientas, como algunas de Asia y Africa. En aquel gran país del Norte, el día en que el Presidente Roosevelt asumía el poder, en marzo de 1933, un 25 % de sus obreros estaban desocupados, la actividad económica había caído casi a un 50 % de la normal, el comercio de exportación era el menor desde hacía treinta años y quebraban los bancos por cientos, engrosando el número de 1.400 caídos en balanza el año anterior. Pero es evidente que si no se sabe si esta crisis la precipitaron las equivocaciones del dirigismo o el régimen, y si, por otra parte, no existe, como en realidad acontece, una teoría que explique satisfactoriamente las causas de las crisis —la prueba está en que se cuentan por centenas—, es cierto también que hoy la humanidad mucho ha aprendido a defenderse de ellas, de la faz descendente del ciclo, y mucho ha estudiado acerca de las formas, una vez acaecidas, de lograr la recuperación. En conclusión, la señalada carencia de explicaciones acertadas del ciclo o de las crisis hace que nadie que actúe con buena fe pueda pronunciarse por motivo de ellas en contra del régimen capitalista.

¿CUÁL ES LA ALTERNATIVA?

Además, ¿cuál es la alternativa? ¿Qué nos ofrece el mundo para reemplazarlo? El socialismo. ¿Qué es el contenido exacto de esta palabra tan difícil de escoger, ya que se han escrito obras sobre los sistemas socialistas, ya que sus mismos representantes no se detienen a narrar con claridad los caracteres de la sociedad que propician? Podemos, sin embargo, decir que en sus corrientes más auténticas el socialismo aspira a colectivizar la propiedad privada, especialmente en cuanto a los medios de producción, y a sustituir el sistema regulador de la vida económica, que es la libre competencia, por otro que forzosamente tendrá que ser el de la autoridad. Otras ramas del socialismo aspiran a poner las industrias y comercios en manos de sectores obreros, no resultando claro cómo se logrará alguna armonía, cómo se organizará y regulará la vida económica. Sea como fuere en cuanto a la doctrina, en la práctica, ¿qué nos ofrece el socialismo en la realidad del mundo, tan seductor como para que nos induzca a abandonar lo que tenemos y lo que está probado en la experiencia, como es el capitalismo? En su grado extremo nos exhibe el infierno de la Rusia Soviética. En grados menores de avance nos presenta la Francia del Frente Popular, de esa combinación política izquierdista que debilitó emocional y económicamente a aquel país admirable. Así en la segunda guerra mundial no se mostró a la misma altura del heroísmo sublime alcanzado cuando el cañón barría los campos del norte y cuando el sacrificio supremo detuvo al invasor en el Marne y Verdún. Otro ejemplo es la Francia actual: la Francia poderosa en su economía, con una armonía notable en cuanto a fuentes de producción, con una población inteligente e industriosa, se ve con fuerzas enervadas, con un stock de divisas en peliagroso descenso, en riesgo de no tener dentro de poco cómo importar en cantidad suficiente maquinarias, combustibles y demás elementos que acostumbra adquirir en el exterior. Y cosa singular: ¿cuáles son los países que se encuentran en las mejores condiciones para prestarle ayuda? En primer término Estados Unidos, lo que nos parece muy explicable, y en segundo término Alemania, la Alemania vencida y deshecha en la última contienda, ahora en plena recuperación bajo un sistema de libertad, bajo un sistema capitalista. Se han echado allí en saco roto los cantos de sirena del izquierdismo.

EL CAPITALISMO Y LA IGLESIA

Algo ha dicho también la Iglesia acerca del sistema en cuestión. La Iglesia entiende que el capitalismo no es intrínsecamente malo, pero que da lugar a abusos del capital sobre el trabajo. Ade-

más, afirma que el interés particular, ese deseo de lucro, esa aspiración a ganar cada día más, desnaturaliza al hombre, lo materializa, lo coloca fuera de condiciones para cumplir el fin que la Iglesia le asigna: la perfección de la propia personalidad, el desenvolvimiento del espíritu, la preparación para la vida eterna. Es cierto que el afán de lucro presenta muchas exageraciones que concuerdan con estas apreciaciones de la Iglesia, pero, asimismo, también lo es que la moral cristiana al influir en los capitalistas y, por lo tanto, en el capitalismo, detiene en gran parte esos abusos, frenados a veces también por la ley. Y por otro lado es igualmente evidente que si el interés particular de mejorar económicamente no mueve a los hombres, los pueblos no se enriquecen ni progresan y el perfeccionamiento personal que la Iglesia ansía es lógicamente menos probable. Vemos así hoy países superpoblados, como algunos de Asia, que permanecen en el mayor atraso. Reparemos en lo que nos dice de los caracteres de los pueblos pobres una de las publicaciones más autorizadas: el informe preliminar sobre la situación social en el mundo, de las Naciones Unidas (8/9/1952). Recordémoslo rápidamente para luego concluir con consideraciones sobre la situación económica argentina. Los países de renta baja —dice el informe— suelen tener "una alta tasa de mortalidad bruta, una alta tasa de mortalidad infantil..., una elevada proporción de enfermedades infecciosas, un reducido número de médicos con relación a la población, un escaso consumo de calorías, un escaso consumo de proteínas, un escaso consumo de productos textiles, una elevada proporción de analfabetismo, un pequeño número de alumnos en las escuelas primarias, una circulación limitada de revistas, periódicos y libros; un tráfico postal limitado, una reducida proporción de radios y teléfonos con relación a la población, etc."

Detención de nuestro crecimiento económico

El crecimiento económico argentino se encuentra paralizado y numéricamente podemos afirmar que así está desde 1948. El ingreso bruto nacional, en 1950, llegaba a 65.890 millones de pesos, y por habitante era de 4.011 pesos. Y en el año 1954 se había elevado a 65.914 millones de pesos, y por habitante representaba solamente 3.516 pesos. El ingreso bruto per cápita bajó, pues, en el espacio de tiempo transcurrido entre el año 1948 y el año 1954. En Estados Unidos en el mismo lapso la renta nacional aumentó en un tercio. No hemos de referirnos a las causas que originaron entre nosotros semejante desajuste, puesto que ellas se centran en la dictadura pasada y ya hemos

hablado bastante del problema. Extendamos nuestra atención un poco al futuro.

Para el año 1965 existe un cálculo provisorio del ingreso bruto nacional que lo hace subir en algo más de 2.600 millones, pero, sin embargo, estima que el ingreso por habitante no llegará al del año 1948. Y si observamos, a través de algunas pocas cifras, lo que ocurre en los rubros integrantes del ingreso bruto nacional, no podemos ser muy optimistas. Así en la agricultura en el último año íntegro anterior a la guerra, 1937/38, el área sembrada con trigo era de más de ocho millones de hectáreas; en la actualidad no llega a seis. El área sembrada con maíz pasaba los seis millones de hectáreas; en la actualidad no llega a tres. Y el área sembrada con lino hoy está en la mitad de entonces. Han subido las superficies sembradas de algunos otros productos, entre ellos el girasol, pero el renglón agrícola en su conjunto ha descendido. Las cifras de la industria nos revelan que allí sucede otro tanto. Según índices con base 100 en 1952, el volumen de la producción industrial llega a 119 en 1957 y baja a 109 en 1959). De acuerdo a otros índices, el año 1955 era de 164. Un año después era de 163½. Ha disminuido. (En Estados Unidos sube en un 7 % por año). Y si a todo esto agregamos con que tropezamos, y por otro la situación laboral, completamos un cuadro que no es halagador.

NECESIDAD DE INVERSIONES FORÁNEAS

El país necesita en primer término inversiones, necesita invertir en amplia escala y no puede lograrlo porque la renta nacional es baja; y la renta nacional es baja porque no puede invertir. Se halla en un círculo vicioso, del cual hay que sacarlo; y tiene que salir a la manera de otros pueblos. ¿Cómo? Atrayendo el capital foráneo. El país reclama capital extranjero a raodales. Al hablar de este problema se choca con uno de los famosos slogans que circulan entre nosotros impidiendo el progreso: la soberanía —se dice—, la independencia económica se lesiona con la recurrencia al capital foráneo. Años enteros hemos estado parados en este orden de cosas, obedeciendo a ese ridículo slogan y todavía no lo hemos abandonado del todo. No sé qué esperamos, menos cuando observamos el panorama de otros pueblos ajenos a semejante falacia. En 1932 Colombia, por ejemplo, debía al exterior 79,8 millones de pesos, y en 1930 Venezuela había concluido de pagar toda su deuda pública foránea. En cambio Inglaterra debía 1.090 millones de libras esterlinas al exterior y Francia 175.000 millones de francos. ¿Eran, acaso, más independientes y más soberanas, por respetables que sean

Venezuela o Colombia, que las demás naciones citadas? ¿Cómo es concebible que nosotros no podamos hacer concesiones para que compañías extranjeras nos ayuden a extraer las cuantiosas riquezas naturales que alberga nuestra tierra, comenzando por el petróleo? Los ríos de este combustible con que cuenta nuestro subsuelo están ahí sólo tocados en una mínima parte. Nosotros no tenemos suficientes fuerzas para explotarlos, pero nada importa, porque sin recurrir a nadie para lograr resolver el problema somos independientes y soberanos, se argumenta. Pero si mañana se interrumpiera por cualquier motivo la caudalosa corriente de petróleo que adquirimos en el exterior, ¿cuál sería la situación económica argentina? ¿Cómo se moverían la industria, y los ferrocarriles, tractores y camiones? ¿Qué cataclismo ocurriría entre nosotros? Algún anticipo hemos tenido al respecto con el cierre temporario del Canal de Suez, pero somos soberanos porque —se afirma— no recurrimos al capital externo, no hacemos concesiones a compañías extranjeras. Véase un solo ejemplo, en contra, por demás conocido, pero que conviene recalcar: el caso del Canadá. En la Provincia de Alberta se descubren en el año 1947 los yacimientos de petróleo más importantes de allí. Comienza a extraerse y rápidamente se llega a los 600 mil metros cúbicos. En el año 1954, o sea en sólo siete años, se habían sobrepasado los 11.800.000 metros cúbicos y, de las cinco grandes compañías que realizaron tan extraordinaria hazaña, cuatro son americanas. Nosotros, en cambio, en el año 1943 producíamos 3.900.000 metros cúbicos de petróleo. Desde 1943 a 1953 estuvimos parados en esa cifra, y ahora tenemos que comprar en el exterior más de 7.000.000 de metros cúbicos, lo que nos reporta un drenaje de alrededor de 200.000.000 de dólares por año, que equivale casi al déficit de nuestro balance de pagos, el que a su vez es serio motivo de la falta de poder adquisitivo de nuestra moneda, especialmente en el orden exterior.

En cuanto a las inversiones directas de capital americano los sostenedores del referido slogan estarán también muy contentos, pues en el año 1950 teníamos 24.000.000 de dólares menos que en el año 1943. En cambio el Brasil contaba con 400.000.000 más, y el Canadá, esa bien administrada nación, con 1.200.000.000 también más. Chile poseía el doble de lo que tenía en 1943 y así Panamá y Venezuela y otros países, pero nosotros somos soberanos: ¿Contamos con 24.000.000 menos! La independencia económica quiere decir bastarse así mismo. Es una linda aspiración. Todos queremos que el país, en la medida de lo posible, se baste a sí mismo pero lo deseamos sin sacrificar el crecimiento de nuestro poderío económico, sin renunciar a una prosperidad con el mínimo de interrupciones, gozando de un standard de vida en

elevación. No queremos bastarnos a nosotros mismos a la manera de los indígenas de América o de los negros de la costa del marfil o del oro, en la debilidad, en el atraso y en la pobreza.

ALGUNOS REMEDIOS FUNDAMENTALES

Por otra parte, si a las posibles inversiones extranjeras no se agregaran altos coeficientes de ahorro y de inversión en cuanto atañe a las empresas nacionales, aquéllas serían como unas cuantas gotas de agua en el mar. Es necesario colocar a las empresas del país en condiciones de ahorrar y de invertir. En primer término no debe desquiciarse su funcionamiento con impuestos exorbitantes. En esta materia se tropieza con otro slogan: si el impuesto no es un mal, el impuesto es un bien —se dice—: nivela, quita fondos, a los sectores ricos, acomodados, y con ellos el Estado paga a empleados públicos; aunque sobren no importa, esa redistribución nivela. Esta es una posición falaz, susceptible de colocar a los pueblos en el camino del retroceso. La nivelación no debe buscarse debilitando la capitalización con gravámenes excesivos o innecesarios, sino despejando de obstáculos legales, administrativos, y en lo posible de hecho, mediante, entre otras cosas, la educación y el crédito, las escalas del ascenso, y produciendo, empleando al máximo los factores pertinentes de que el país disponga. Para lograrlo es imperativo respetar el derecho de propiedad, liberándolo de amenazas como las expropiaciones, o de cercenamientos por interferencias estatales así enderezadas o mal dirigidas, o por excesos de presión impositiva.

No deben hallarse tampoco las entidades productivas, células vitales en la organización moderna, sujetas a "retroactivos" de varios meses. Pues, ¿qué cálculos de rendimientos, qué previsiones naturalmente previas a la adquisición de máquinas, qué proyectos pueden resultar eficientes y cumplirse en la realidad de las cosas, qué invenciones tecnológicas pueden realizarse en los laboratorios empresarios con estos interrogantes? Tampoco deben estar sometidas las empresas a extremas restricciones del crédito, aunque fuere por saludables razones antinflacionarias, si no se ataca la inflación en todos los frentes al mismo tiempo, y si por motivos de incapacidad, de comodidad, de lujo o de demagogia gubernamental se expanden los medios de pago.

Y en cuanto al régimen de cambios, no debe alestar el imperio de la incertidumbre. El sólo tocar uno de sus tipos puede echar por tierra todos los cálculos, todas las posibilidades y aún la existencia de muchas empresas. El clima de inseguridad obliga a estas entidades a buscar las maneras de ponerse en condiciones

para afrontar las contingencias, lo que redundará en menos producción, en mayor carestía y a veces en inmoralidad y soborno.

Diré al pasar, como lo he sostenido otras veces, que sería preferible sustituir el control de cambios, por un sistema de defensa de tarifa aduanera, siempre más claro, más concreto, más accesible a la comprensión de todos, menos expuesto a variaciones. Debe liberalizarse el sistema de precios, y abatirse las reglamentaciones engendradoras de privilegios para los intermediarios en puestos y mercados, que no permiten que el valor del producto llegue al productor y tonifique la oferta, que es la forma más adecuada de conducir al abarataamiento del material alimenticio. Y finalmente, para no abusar de la benevolencia de este amabilísimo auditorio, he de decir que en nuestro país se requiere una mayor comprensión entre la producción y el trabajo. Tienen que saber los empresarios que, cuando la productividad de la empresa se acrecienta, parte de ella es para la empresa, es decir, para el ahorro y la inversión y el consumo de sus componentes, pero parte debe ir al trabajo; y tienen que comprender los trabajadores que la suerte de ellos en lo económico está ligada al destino de la empresa. Deben tener igualmente presente que no han de lograrse salarios reales en elevación constante, en un ambiente de empresas débiles, languescientes, expuestas a peligrosas contingencias. ¡Ojalá algún día ocurra aquí en el particular lo mismo que en Estados Unidos! Se cita entre innumerables casos una expresión de un dirigente obrero de primera esfera, de la industria del vestido, de apellido Duvinsky: "Estas delegaciones de empresarios y trabajadores —dijo— que vienen del extranjero, se encuentran asombradas porque aquí tenemos resuelto un asunto que todavía allí es un grave problema. Existe aquí un extraordinario clima de lealtad social, originado por la postura revolucionaria de las empresas, y por el realismo de los sindicatos al reconocer que altos salarios sólo son posibles si la empresa realiza buenos beneficios y al afirmar su interés vital en las ganancias patronales y por tanto en la eficiencia de la producción".

SÍNTESIS DE LAS CONCLUSIONES

Creo finalmente, que a pesar de las dificultades económicas que nos embargan, tiene este país tantos recursos que podrá recuperarse, en primer término, si se vigoriza el sistema capitalista y sus instituciones. Esta es la conclusión de la presente conferencia.

INTERROGANTE POLÍTICO

Hay, sin embargo, un interrogante que me alarma un tanto. Si bien en el mes de febrero el país retornará al ejercicio de sus instituciones, cualquiera de los triunfos electorales posibles que se esperan, no ha de llevar tal vez a cabo en grado aceptable la realización de las ideas económicas que sustentamos. Y creemos, ya que somos partidarios convencidos de ellas, que eso postergará la recuperación económica argentina.

ALEMANIA

Finalmente, si hubiese alguna duda acerca de las virtudes, de las ventajas del régimen capitalista, dejemos de lado las teorías, apartemos los ojos de ese maravilloso país, de Estados Unidos, y observemos la obra del capitalismo en otros lugares y en los tiempos actuales. Veamos a Alemania, a la Alemania militar y científica, artística y romántica, que renace de la demolición y de la derrota, en poquísimos años, y que se pone a la par de las naciones más poderosas de la tierra. El primer ejecutor de este llamado "milagro" es ese famoso Ministro de Economía, de 150 kilos de peso, de ojos perdidos en el tejido de la cara, que usa botines a la antigua, atados con cintas, profesor de Nuremberg, poseedor de una avasallante energía y de indeclinables convicciones de la extrema bondad de esa herramienta que para muchos parecía perimida, que es la libertad económica. Con ella inteligentemente esgrimida se ha realizado la gran proeza. Hoy Alemania es la nación que produce más automóviles, después de Estados Unidos. La que produce más automóviles y acero, después de Estados Unidos y de Rusia. Ha recibido alrededor de 10 millones de personas, que llegaban enfermas y andrajosas de aquel infierno que se extiende tras de la cortina de hierro. Contaba con 400 millones de metros cúbicos de edificios demolidos por el bombardeo aéreo de occidente y por el cañón soviético. Hoy dispone de una producción que compete victoriosa en los mercados mundiales. Sus precios son un 35 % inferiores a los de Francia, y todo eso lo ha realizado con la maravillosa concepción —repetimos— de la libertad económica y del consiguiente respeto a la propiedad, bases esenciales del capitalismo, según se ha visto. ¡Y nosotros no comprendemos cuál es nuestro camino! Seguimos envueltos en las redes paralizantes de los slogans y en tendencias contrarias al capitalismo. ¡Estamos ciegos ante la realidad del mundo! ¡Todo lo hemos construido con las ideas económicas de la libertad y la propiedad! Lo más grande económicamente que se conoce se ha edificado sobre esas ideas. ¡Unámonos, pues, y trabajemos inspirados en ellas!

**DESEAMOS SALIR DE LA CRISIS POR EL CAMINO
DE LA LIBERTAD, Y NO PENDERLA**

Disculpádmela pasión que he puesto en la defensa de estos principios económicos. Si lo he hecho así es porque deseo que salgamos cuanto antes de la crisis que nos embarga. En primer término para que el obrero, ese hermano nuestro que a veces no nos comprende, goce más ampliamente cada día de las ventajas de la civilización, tenga salarios reales en crecimiento constante, pueda adquirir las cosas que le brinda la técnica moderna, se independice de la inseguridad y logre con menos esfuerzo un porvenir mejor para sus hijos. He defendido el capitalismo con pasión porque quiero que todo esto y el engrandecimiento y el poderío económico de la Nación que presiento se realice en el medio que nos dimos como país independiente, sin cadenas comunistas o colectivizantes de tipo totalitario, para el cuerpo y para el alma de los hombres. He defendido al capitalismo porque quiero que todo esto tenga lugar bajo la luz de la libertad, ¡bajo el eterno sol de Mayo de nuestra tierra argentina!